

que le aproximasen á la ventana, desde la cual se veían los árboles del jardín cubiertos con los primeros brotes, y que lo vistiesen de nuevo y que lo ornasen con todos los adornos propios de su sexo y de su tiempo á fin de recibir á la muerte como el novio á la desposada. Y en una efusión lírica habló del último trance, como pudiera hablar un poeta del antiguo helenismo, diciendo: «Voy á morir, dadme vino que me fortalezca, ceñidme flores que me coronen, vertedme aromas que me embalsamen, para entrar dulcemente en este sueño, del cual no volveré á despertar.»

Mas, después de semejante efusión, sarcástica la muerte, robóle sin piedad la palabra, como si quisiera jugar con aquel hombre, á cuya voz se formara y naciera un nuevo mundo social. Mirabeau sin palabra es un cielo sin soles, un sol sin fuego, un fuego sin calor, un calor sin vida, una vida sin alma, un alma sin ideas, una idea sin revelación, una revelación sin Dios, un Dios sin universo. Así es que al verse privado de aquella arma de sus combates, de aquella expresión de su pensamiento, de aquel tenue articulado sonido con el cual movía los corazones y engendraba como un nuevo espíritu, desesperóse hasta llegar á la última desesperación y pedía por gestos que le diesen opio bastante á precipitar y acelerar su muerte. Como le negaran este último consuelo, pidió tinta y papel, trazando con mano segura esta palabra: «dormir.» Y en efecto, durmióse para siempre. La nación había perdido su cúspide, la tribuna su voz, la libertad su defensa, el Estado su escudo, la Asamblea su guía, la revolución su fuerza más moderadora, la democracia su vocero más elocuente, el progreso su revelador más luminoso, el arte su más bello ornamento, la elocuencia su sublime titán; y bien puede asegurarse que, al caer, cae con él toda una clave de la sociedad y con él se apaga todo un celaje de humano espíritu que creció mucho al pasar por aquella cabeza, no perdonada de la irreverente y atrevida muerte. Así es que cada ciudadano se sintió herido por tan rudo golpe, como si al irse Mirabeau se llevara al sepulcro consigo una parte esencialísima de la vida y del alma de todo el mundo.

Antes y después de su muerte París entero demostró que comprendía lo irreparable de aquella pérdida y que llevaba el duelo universal de Francia. Agolpábanse las muchedumbres durante su agonía al dintel de la vivienda, parte curiosas, parte enardecidas, todas embargadas por aquella desgracia nacional. Monarcas y jornaleros, ya que no pudieran unirse en las instituciones ideadas por Mirabeau, uníanse en el dolor de su muerte y en el reconocimiento y proclamación de su inmortalidad. Como Luis XVI enviara frecuentemente á preguntar por su estado, decían las hojas revolucionarias: «Agradecemosle que no haya ido en persona: lo hubieran idolatrado.» Ninguna noticia bastaba á sosegar la inquietud, pues arrancábanse de las manos unos á otros los boletines y en alta voz los leían para conocer el curso de la terrible enfermedad. Este caía en estupro, aquel en desesperación, los más se exaltaban hasta la rabia, y algunos gemían y sollozaban como si fueran á perder el objeto más caro de su vida. Mozo hubo que no creyó sosegada su conciencia y cumplido su deber sino extendiendo sus brazos á los médicos que pasaban y brindándolos su sangre joven para prestarla al mori-

bundo por medio de la infusión entonces muy en boga. Espontáneamente el pueblo velaba los alrededores de la casa é impedía que los coches pasaran cerca de ella. No había medio alguno de transitar á causa de la multitud de grupos que lo llenaban todo; y á la hermana del gran orador le abrían paso con religioso respeto por esos instintos de buena crianza congénitos á la población de París y tradicionales en su historia. Velábanle en la calle como pudieran velarle sus más íntimos en la alcoba; y cuando se requería alguna medicina, iba de mano en mano desde el mostrador de la farmacia á la cama del enfermo. Así pudo decir con razón y fundamento entre las palabras sacramentales de su agonía esta consoladora: «Dulce me era vivir por la libertad del pueblo; pero me es más dulce expirar en los brazos del pueblo.»

En verdad el dolor no tuvo límites en París ni tendrá expresión posible en la historia; entre los que le vieron morir pasaron escenas espantosas, pues su médico creyóse demente y su secretario tiró á degollarse; entre la muchedumbre se exhaló un clamor semejante al silbido del viento, al hervidero del océano, al resuello de los volcanes; cerráronse todos los teatros y suspendiéronse todos los bailes; por las encrucijadas los oradores de guardacantón pronunciaron oraciones fúnebres que el pueblo oía con silencioso recogimiento, y por las calles los ciegos y vendedores públicos ofrecían á gritos su retrato, sus dichos, sus arengas; el ayuntamiento de París corrió á la Asamblea, á aquella Asamblea llorosa, enlutada, viuda, y le propuso consagrar la iglesia de Santa Genoveva á los grandes hombres, convertirla en Panteón nacional, y colocar en su centro los despojos del llorado orador; guardó la milicia toda la larga carrera que conducía desde el lugar de su vivienda al lugar de su reposo, y le acompañaron más de cien mil admiradores; inundáronse las calles de gentes y cubriéronse de gentes hasta las cimas de los tejados; á la cabeza del cortejo iba Lafayette, ese representante tímido, pero caballeresco, de la revolución que incendiara á dos mundos; tras Lafayette, el presidente de la Asamblea rodeado de doce ujieres; tras el presidente, la representación nacional entera; tras la representación nacional entera, el club de los jacobinos con aires de soberanía; tras el club de los jacobinos, esa inmensa muchedumbre que levantaba á los cielos como una especie de fúnebre rumor acompañado por el redoble de los tambores destemplados, por el estridor de los clarines plañideros, por el lamento de los oboes luctuosos, por las descargas de veinte mil milicianos nacionales, por los cantos fúnebres del clero medio juramentado: sublimidad aumentada en las sombras, cuando al venir la noche con sus tinieblas y encenderse las fúnebres antorchas con su mezcla de llama y de humo, entraba el féretro escoltado de todo un pueblo por el intercolumnio corintio y bajo la rotunda romana del Panteón, como pudiera entrar la imagen y el simulacro de todo un Dios en sublime y eterna apoteosis.

¿Quién había de decir lo que pasó dos años más tarde? No era esta noche luminosa de abril en que brillaban tierra y cielo como si mutuamente se disputasen aquella gloria inmortal; era triste mañana de octubre, en que el aire estaba cargado de vapores y el suelo cubierto de humedad. No se oían ni músicas ni

cánticos, sino el ruido siniestro de unos cuantos pasos en las losas del pavimento y de unas cuantas piquetas en las piedras de un sepulcro. Rígido y frío burócrata, de esos que cumplen su deber con fidelidad mecánica, obedeciendo las disposiciones de la autoridad como los cuerpos obedecen las leyes de la gravitación, dirigía la empresa de arrancar á su templo los huesos del grande hombre, sin temor alguno á que, herido por aquella profanación, se levantara del sarcófago y consumiera con una de sus miradas de fuego y aniquilara con uno de sus apóstrofes de horror á los irreverentes profanadores. La Convención, ebria de sangre, coronada de sombras, demente de terror, no se contentaba con guillotinar á los vivos, sino que, substituyéndose soberbia á la historia en el tiempo y á Dios en la eternidad, atormentaba á los muertos. Y las piedras del sepulcro de Mirabeau fueron arrancadas, y su ataúd arrastrado, y sus huesos movidos por atrevidas manos, tan frías y tan crueles en aquel ejercicio, como las garras y las quijadas de las feroces hienas movidas por el hambre. Y lo pudieron todo impunemente. Aquella mano que deshizo la corona de los reyes no se movía para soterrarlos; aquel esqueleto que, encendido por el fuego de la vida y animado por el calor de la sangre, coronara las cimas de la tribuna francesa, no se irguiera irritado; aquella frente que, como los altos montes, llevaba volcanes y ventisqueros, nubes y rayos, aludes y tormentas, no lanzó fulminante idea; aquella lengua, que sonara como la campana llamando á los vivos y plañendo á los muertos en los tempestuosos confines de dos edades, no pudo despedir una palabra aterradora; y los desenterradores jugaron con sus despojos como los niños juegan con sus fichas y sus bolas, sin que al ruido se estremeciese y se abismase la tierra, antes orgullosa de sustentar tanta y tan desmedida grandeza. Y en la noche, sin respeto, sin duelo, sin conocimiento quizás de lo que hacían, volcáronle en tosco ataúd de pino y condujéronle al cementerio de los ahorcados, y á la fosa común que se traga en el olvido las generaciones; y no pusieron señal ninguna indicando á los venedores la última morada de aquel gigante cuyo renombre apenas cabe en la historia. ¿Hay algo más triste? ¡Oh gloria, oh tenue y despreciable humo, cómo te vengas de los mismos á quienes exaltas, y cómo tus coronas, que por fuera parecen de laurel, son por dentro de espigas!

XIII

En esto las dificultades de la situación comenzaban á recrudecerse y las pasiones á exacerbarse. El rey sentía dos grandes humillaciones: primera, la persecución sistemática de sus gentileshombres, llamados caballeros del puñal por la plebe, y la fuerza coercitiva empleada por la Asamblea y por el gobierno constriñendo al clero que jurase de grado ó por fuerza la Constitución. Las humillaciones infligidas á la aristocracia herían su conciencia, y las humillaciones infligidas al clero herían su conciencia. Mientras de su seguridad personal, de su vida, de la paz de su familia se trataba, podía sufrirlo todo en paciencia; pero tratándose de sus amigos, de los leales que permanecían junto á él en medio de tantas zozobras, tratándose del

clero, de aquellos probados sacerdotes que le comunicaban con la Iglesia y por la Iglesia con Dios, creíase en el deber moral de una resistencia invencible, sustentada con ánimo resuelto y decidida á todo menos á la conciliación y á las transacciones. Así tenía por necesario, él tan tímido y tan irresoluto, conjurar contra su patria la ira de todas las naciones y llamar deliberadamente, sin escrúpulo alguno, esas iras devastadoras aque de las fronteras. Un rey absoluto tiene tal idea de la divinidad de su origen y de la excelencia de su poder, que confunde su persona con el Estado y su trono con la patria. Para Luis XVI aparecía como cosa liviana someter la nación al extranjero, con tal de emancipar la corona del ominoso poder de los partidos. Luego los reyes componían á sus ojos como una legión sacratísima, en la cual tenía depositada la Providencia su más alta representación y contenida su más fiel imagen. Así, creía lo más natural del mundo moverlos, sublevarlos, dirigirlos con sus ejércitos hambrientos en una irrupción gigantesca al corazón mismo de aquella Francia que le confiaba su independencia y su honra. Todos los días repasaba la historia inglesa, leía y releía las instructivas páginas de Hume, reflexionaba con reconcentrada meditación sobre las causas que arrastraron á Jacobo II al destierro y á Carlos I al patíbulo, sin comprender jamás que la principal consistió en su inclinación decidida por dos potencias extrañas, en su inclinación por la corte de Roma y por la corte de Francia. Y Luis XVI, el tímido, el irresoluto, el humilde, el mísero artesano, tanto corrompe una engañosa educación, desataba sin remordimientos las invasiones por los cuatro puntos del horizonte y llamaba sobre los ciudadanos y las madres y los pequeños inocentes la guerra con su cortejo de pestes y de incendios y de despiadadas matanzas. He ahí adonde llegó la institución patriarcal erigida por los doctores de la Edad Media sobre los pueblos, como se erige y se levanta un padre sobre toda su familia. Las monarquías extranjeras no demandaban otra cosa sino desquitarse de los agravios recibidos naturalmente de una rival tan formidable como Francia, cuya posición en el centro europeo, si la hace el foco de todos los rayos luminosos y la factoría de todos los productos mercantiles y el tornavoz de todas las ideas científicas, también la hace el blanco de todas las guerras y el despojo de todas las conquistas. El rey de España creía que á un pariente tan cercano como él cuadrábase acorrer á sus primos los reyes, aun á costa de vulnerar y de oprimir á Francia; el emperador de Austria imaginaba punto de honor, deber de familia, sentimiento de religión, acudir á la defensa de su hermana, la reina, herida en el corazón y amenazada de muerte; el caballeresco rey de Suecia desquitábase de sus recientes derrotas y de la vergüenza que naturalmente le traían consigo, pugnando por una dama de sangre imperial en inmenso torneo henchido de príncipes y reyes; la emperatriz Catalina pensaba, después de haber servido tanto al espíritu de aquel siglo, que el calor de sus rayos y la voz de sus profetas podía penetrar en el sepulcro de la infeliz Polonia y resucitarla, por lo que azuzaba constantemente á todos sus compañeros, alzados en las eminencias sociales, á la guerra santa, en la cual entrarían llenos de rabia sus mogoles, sus esclavos,

sus cosacos y sus tártaros; y las dos naciones que más necesidad tenían de que la nueva idea se extendiese por el mundo y avivase á los pueblos contra los reyes que mil veces juraron su perdición, Prusia é Inglaterra, cegadas por el sordido interés y sometidas al fugaz movimiento de un día, sostuvieron aquella infame cruzada y juraron la ruina de la libertad en Francia. El rey Luis XVI, el piadoso, el blando, el humano, se puso por deberes de rey á la cabeza de esta conjuración de reyes, y llevó su falsía hasta el extremo verdaderamente punible y verdaderamente odioso de escribir un mensaje á la Asamblea Constituyente en alabanza de sus actos y de sus obras, para borrarlo luego con una protesta oculta depositada en manos del rey de España, donde decía que mintiera á sabiendas y que á sabiendas jurara en vano por su propia salvación y la salvación de su familia: horrible infamia de que no le absolverá la historia, ni le lavaré jamás su triste bautismo de sangre.

Por fin se maquinó la fuga. El rey podía partir solo á caballo, esquivando las grandes poblaciones y poniéndose en cobro con gran facilidad. Pero después de una de aquellas tragedias, tan frecuentes en tiempos de revolución, la reina le obligó á prometerle que jamás se iría sin ella, sin sus hijos, sin su más íntima comitiva, sin sus criados más fieles. En vano todos los deudos dejaron á la familia real abandonada desde el hermano mayor hasta el hermano menor, desde sus primos, los condes, hasta sus tías, las hijas de Luis XV. En vano la fuga del conde de Provenza con su mujer, tomando ésta por un camino y tomando él por otro, demostrará cuán fácilmente se escapan los príncipes uno á uno, y cuán difícilmente podía escaparse reunida y entera toda una familia. El dominio de la reina sobre el rey decidió de su común suerte en este grave caso. ¿Adónde ir? Esto aparecía como un abismo espantoso. Un rey que se ahuyentaba de su pueblo para ponerse al frente de los enemigos de su pueblo, no podía excusarse de semejante atentado á los ojos de la conciencia universal. Monárquicos de antigua prosapia, de probada fe, de caballerosos sentimientos, lo comprendían á pesar del tumulto de las pasiones que á todos arrastraban, y del horror de las catástrofes en que todos caían como envueltos. Así el marqués de Bouillé aconsejaba ir á Montmedy, fortaleza en la cual habían de encontrarse como si estuvieran á un tiempo mismo en el extranjero y en Francia. Pero la reina quería á toda costa ir al seno de los ejércitos invasores, como si el trágico destino que presidiera tristemente á su vida la quitara todo asomo de juicio y todo instinto de conservación. Predominó la idea de Bouillé apoyada por el monarca, y decidieron quedarse en el suelo mismo de Francia, en Montmedy, sobre la frontera, donde tenían delante de sí el ejército francés, y detrás de sí el ejército extranjero.

Nunca de tanta inoportunidad la fuga. Las sospechas crecen, y las noches, amigas de todas las conjuraciones, menguan. El 15 de abril anuncia el rey que, padeciendo de tenaz catarro, irá próximamente á curárselo en las embalsamadas colinas de Saint-Cloud. Todavía no se ha anunciado la certeza de este proyecto, cuando ya comienzan á conjurarse en su contra mil extraños rumores, nacidos de ignorado origen y divulgados por universal contagio. La prensa escribe, los clubs mur-

muran, los partidos acechan, las gentes pacíficas temen, los cortesanos traman, los fieles al monarca tiemblan y presienten otra nueva tragedia. Quién dice que desde allí renovarán las antiguas confabulaciones de Versalles, quién que allí reunirán contra la Asamblea y su autoridad á todos los realistas. Hay quien ha visto los curas injuramentados reunirse por las vecinas selvas para proclamar la guerra santa; y hay quien ha visto los realistas de todas partes, los nobles despojados de sus castillos, los antiguos aristócratas, afilar y aguzar en las piedras el puñal con que han de herir á los plebeyos, condenados á una inmólación que recuerde las clásicas crueldades de los antiguos césares. Dice éste que ha visto los conjurados, dice aquél que ha oído las consignas de la fuga. La imaginación popular puebla de fantasmas los inmensos palacios y los rientes jardines de sus reyes. Las lenguas menos venenosas aseguran que el rey se va para cumplir el mandamiento de la Iglesia, que le obliga terminantemente á comulgar por Pascua florida y cumplirlo en el seno de sacerdotes que se hallaran limpios de todo juramento constitucional. Así es que la opinión pública, movida por corrientes subterráneas, decide no consentir la partida del rey á sitio tan próximo, como Saint-Cloud. Pero están dadas las órdenes é instalados considerable número de domésticos y servidores. Los cocineros se han trasladado en la mañana del 18 de abril y preparan y aparejan la comida regia. En efecto, á la una de la tarde, ocho caballos briosos, tirando de monumental carroza, aparecen por la plaza del Carrousel, ó sea por el patio interior de las Tullerías, y piafan y relinchan como si estuvieran impacientes por recibir la preciosa carga de la real familia, como suele decirse en habla cortesana. Aún no se han detenido apenas, ni apenas los reyes han bajado, cuando la iglesia de San Roque, sita en la calle de Saint-Honoré y cercana á la real vivienda, echa sus campanas á vuelo en son de alarma y rebato. No puede decirse cómo estas lenguas de bronce, al mismo tiempo que vibran en el aire, hacen vibrar los corazones. No puede decirse cómo mueven las gentes y las alzan y las arrastran y las congregan en un punto adonde van con la ceguera que los torrentes al hondo de los valles para formar los ríos. Relaciones misteriosas entre el tañido de las campanas y el movimiento de las voluntades y de las conciencias; relaciones que apenas se comprenden, si no se ha vivido en estos tiempos revolucionarios, en que las conciencias individuales relampaguean de igual suerte que relampaguean varios puntos del horizonte en noche calurosa de estío. La multitud invade el Carrousel, se abalanza á los caballos y los enfrena, al coche y lo detiene. Los reyes han descendido de sus cámaras y se han instalado en sus asientos; pero no se partirán, porque lo veda con veto incontrastable la cólera del pueblo. Lafayette, presente siempre á todos los conflictos de la real familia, surge, como por ensalmo, y se opone á tamaña resistencia con imperio. Pero el pueblo no le atiende, y contesta á todas sus intimaciones con estas coléricas palabras: «No consentimos que el rey se vaya.» En vano el popular comandante de la fuerza pública de París apela así á los medios de persuasión como á los medios de amenaza, en vano vocifera y lucha, ruega y conmina, usa su palabra y desvaina su acero; los patriotas sólo oyen la muda voz de su con-

ciencia y la vibrante voz de la campana que les impele á desoir á su ídolo y á detener á sus reyes. Lafayette manda á los cocheros que azoten á los caballos y los azotan. Encabritanse los castigados brutos y tiran; pero no pueden atravesar el sólido muro de gentes, cerrándose por todas partes el paso. La gritería es infernal, la ira pública indescriptible. Los ojos de aquel pueblo, enardecidos por la fiebre revolucionaria, ven partirse al rey en carroza de gala en pos de los esparcimientos del campo y volver en carro de fuego delante de las legiones invasoras que incendian las ciudades é inmolan á los franceses. El buen comandante de la guardia ciudadana corre de un punto á otro; baja de su caballo y sube á su caballo sin saber por qué; marcha de aquí para allá sin saber adónde; habla sin saber, en realidad, lo que dice; y ya ruega como una hembra trémula, y ya, acordándose de que es un héroe, decide abrir el camino de la carroza real, aunque sea á cañonazos. Y no hay remedio: el pueblo se mantiene incontrastable, y la familia real baja de su carruaje y encierrase en su palacio. María Antonieta, desde aquella hora, murmurará continuamente en los oídos del rey que, para romper aquel cautiverio, se necesita inevitablemente la huida al ejército austriaco. Y huirán, pero á Montmedy, como aconsejaba Bouillé, y como quería el rey.

XIV

Imprudéntísima fuga. La traman á la hora en que las sospechas del pueblo han crecido más y en que más han menguado las probabilidades del éxito. La causa ocasional de esta determinación se encuentra en la repugnancia sentida por la real familia á ir en persona á la fiesta del Corpus, cuyas ceremonias debían cumplirse por clérigos constitucionales. Mostraba la reina en esto mayor espíritu de conciliación, pero, en cambio, la piadosa hermana del rey, madama Isabel, parecía decidida á no transigir de ninguna suerte y á no presentarse en la procesión bajo ningún pretexto. Por consiguiente, se fija la partida para el 20 de junio. Tan arriesgado acto, según los reyes, no podía emprenderse sin fuerzas que lo protegieran; y tan necesarias fuerzas no podían encontrarse sino en el ejército regular, puesto que la milicia mostraba cada día mayor fidelidad á la causa de la nación. En el ejército, acuartelado por las regiones que debía recorrer la real familia, mandaba uno de esos generales valerosísimos, vaciados en el molde estrecho de la antigua ordenanza, adictos al culto de la monarquía, caballerosos y leales, que creen punto de honor obedecer ciegamente á los reyes y morir en su servicio. Este hombre se llamaba el marqués de Bouillé, y distribuía las fuerzas necesarias á la salvaguardia de la familia real en su peligrosa huida. Tal movimiento de tropas en tal hora de angustia encerraba gravísimos peligros, porque contenía tremendas revelaciones y alimentaba el número y la intensidad de las sospechas. No puede llamarse á un ejército casta aparte de las demás clases de un pueblo: reclutado en todas las familias, sostenido por toda la nación, viviendo en el seno de la sociedad, recogía las palabras que se exhalaban de todos los labios con las ideas que latían á una en todas las conciencias. Así, durante aquella explosión revolucionaria del nuevo espíritu, que elaborara el siglo XVIII,

el ejército debía ser á su vez revolucionario como lo era el pueblo, de quien dimanaba y á quien volvía en los círculos naturales de la vida social. Pecaba, pues, de temerario librar demasiadas esperanzas en el ejército y creer que en aquella pugna abierta entre la nación revolucionaria y la monarquía absoluta estaba por la monarquía. Aun prescindiendo de esto, la temeridad rayaba en locura, si con reflexión se piensa en el estado de los ánimos, pues tal movimiento de tropas delataba una confabulación más en aquella serie de confabulaciones y una sirta más en aquel cúmulo de sirtes innumerables. Las poblaciones del Nordeste, colocadas por su posición geográfica y por su posición política entre la amenaza de una guerra declarada por la Asamblea y la amenaza de una invasión decidida por los reyes, celaban el movimiento de las tropas con la angustia de quien mira comprometidos en tales movimientos, honor, hogar, vida, familia, fortuna. De consiguiente, las idas y venidas de unos, las consignas de otros, la aparición y desaparición de destacamentos, la vista de grupos militares en poblaciones insignificantes, daban á todas aquellas evoluciones inexplicables el aspecto de un misterio, cuanto más desconocido más propio para sobreexcitar los ánimos en crisis, donde reinaba la sobreexcitación universal. Bouillé, gran conocedor del Este, lo había hecho presente así á la real familia, observando cómo el movimiento de tropas equivalía á una delación imprudentísima; pero el embajador de Austria, llevando á punible extremo sus cuidados por María Antonieta, dijo que tenía órdenes terminantes para oponerse á su salida, si no le aseguraban que saldría con fuerte y segura custodia. Si el movimiento de las tropas encerraba peligrosas revelaciones, ¿qué decir y qué pensar de los preparativos palaciegos? La imprudencia no tuvo límites, y el instinto de perdición, que sobrecoge á las dinastías moribundas, se sobrepuso con esa fuerza incontrastable á la cual llamamos fatalidad ó destino. La reina dirigió por sí misma los trajes extraños que debían disfrazarla y disfrazar á su familia, sin caer en la cuenta de que la revolución tenía partidarios, como en el clero y en el ejército, en la nobleza y en la corte. Además de dirigir los trajes, encargó á Bruselas todos los útiles necesarios á larguísimo viaje, cuando del viaje trataban los ministros en voz baja, los clubs en voz alta, la prensa en sus artículos, el espíritu público en sus preocupaciones, y la diplomacia en sus tramas.

Tales imprudencias debían dar los resultados precisos. Primeramente el rumor público crecía y la vigilancia de las autoridades revolucionarias redoblaba. El ídolo del pueblo, Lafayette, era el fiador de la seguridad del monarca. Y la gente recelosa le circuí, le conminaba, diciéndole de todas suertes y anunciándole con mil varios anuncios la conjuración palaciega. Crecieron tanto estos pronósticos siniestros que un día el comandante de la milicia nacional se encaró con el jefe de la nación y le dijo á las claras lo que ocultamente se decían todos los ciudadanos unos á otros al oído. En aquel momento, el rey acababa de redactar el mensaje dando cuenta á la Asamblea de su fuga, mensaje dejado á uno de sus más fieles servidores, sin pensar que con él también le dejaba una sentencia de muerte. Presentábase, pues, Lafayette al monarca en el instante mismo en que éste había recrudecido todos los dolores y enconado to-

das sus llagas, clavando en su interior el puñal de los recuerdos. Y en tal coyuntura, cuando más rencor debía tener su ánimo, con gran disimulo mostrábase poseído el rey de una serenidad y de una benevolencia bastantes á adormecer las más despiertas sospechas. Y en su memorándum recordaba que sufriera los ultrajes sin quejarse y las calumnias sin resentirse; la irrupción del pueblo en sus salones sin temblar; la mengua de sus derechos por la Asamblea sin resistir; el palacio convertido en prisión, los domésticos en carceleros, el código fundamental en una serie de concesiones aparatosas á su poder honorario y otra serie de negativas reales á su poder público; las violencias hechas á sus sentimientos religiosos, vejados y oprimidos hasta el punto de no permitirle comunicar con los sacerdotes de su culto; la imposición de una anarquía que lo declaraba jefe irresponsable del Estado para que luego respondiera de todo; quejas, en las cuales, si había una parte fundada y legítima por los muchos agravios que necesariamente le infirieran, había otra parte, y muy principal ciertamente, en que se exhalaba á gritos el reconcentrado furor contra los nuevos derechos y las nuevas libertades. Y en este punto, cuando la exaltación contra la Asamblea guiara su pensamiento y su pluma, recibe á Lafayette con paternal sonrisa, le tiende la mano con efusiva amistad, le miente con los labios una gran confianza, y lleva hasta los extremos de lo increíble la simulación y la perfidia. Pero no pudo engañar á una de esas parisienses avisadas, listas, ingeniosas, con ojos de lince, con oído de cierva, que al ver tanta maleta abierta, tanto traje recién hecho, tantos útiles de viaje aglomerados, comprendió toda la trama, y la denunció al alcalde de París, al íntegro Bailly, el cual no quiso creerlo por un sentimiento de afecto al monarca y de culto á la monarquía.

Las imprudencias de la reina crecían á más andar y tramaban las complicaciones gravísimas de las cuales debía surgir la ruina de todos, y para todos el patíbulo. En vez de aparejar un coche modesto, que llamase poco la atención, aparejó una inmensa berlina, pintada de colores fuertes, compuesta con mil artificios extraños, llamativa y esplendente, para que nadie pudiera equivocarse acerca de su papel en una empresa extraordinaria y de sus excepcionales destinos. Por si algo faltaba, vistió con trajes relucientes á picadores, á jinetes, á lacayos, como para que fuesen proclamando por caminos y por enrucijadas la soberana familia á quien acompañaban y el terrible ministerio que tenían á su cargo, dejando tras sí la anarquía y produciendo en su carrera la invasión y las extrañas irrupciones, cuyo paso por un pueblo deja rastros indelebles en el suelo y manchas indelebles en la historia. Luego hizo venir nada menos que de Suecia al célebre conde de Jersen, compañero de sus mocedades, gentilhomme de nacimiento, caballeresco y aventurero, enamorado con amor platónico de la reina y resuelto á obedecerla en sus caprichos, cuando en realidad necesitaba advertirla. Además hizo venir para el arreglo y distribución de las tropas al duque de Choiseul, familia devotísima del Austria, y que joven y hermoso y romántico entraba en aquella empresa política, cual pudiera entrar en aventura de juego ó de amor, gozándose en las recepciones y en las fiestas con que agasajaría noblemente á los fu-

gitivos allá en sus tierras y en sus castillos de Lorena. Además, en vez de confiar los príncipes á manos resueltas, á hombres de corazón y de energía, que los escudaran con su propia vida, y que murieran en su defensa, confióslos á la camarera mayor, porque en aquellas angustias de la hora suprema y del peligro inminente invocaba la religión de la etiqueta. ¡Desdichadísima reina! Cuando gozaba el trono sin amenazas próximas, encerrada en los limbos de incierto porvenir la columna de fuego que debía llamarse más tarde revolución francesa, gozábbase en las fiestas campestres que revelan la igualdad natural de los hombres, gozábbase en representar las comedias revolucionarias que derretían sobre sus sienes la corona de cien reyes, gozábbase en convertir los señores en ciudadanos, ciego instrumento de un poder más alto que su trono; y ahora, en estas circunstancias solemnes, calumniada, perseguida, presa, consistiendo su salvación suprema y la salvación de su familia atribulada en olvidarse de su rango y reducirse á la igualdad modesta y natural de todos los ciudadanos, empeñábase en mostrar, sin cuidarse de tan deshecha tormenta, los timbres de oro y las coronas de diamantes, que tenían la virtud de atraer sobre su frente coronada los estallidos del rayo revolucionario, el cual, como la chispa eléctrica despedida por las tempestades del cielo, cae en las alturas y hiere las sublimes eminencias de la sociedad. Los infelices creían prepararlo todo para la fuga, y realmente lo preparaban todo para la perdición. Así parecían, como los héroes de la tragedia antigua, víctimas de una fatalidad que pesaba sobre ellos con abrumadora é inmensa pesadumbre.

XV

Es la noche del 20 de junio, la noche terrible de la insensata fuga. Uno de los más exaltados revolucionarios, de los más fieles al pueblo, de los más adictos á Lafayette, el subcomandante de la milicia Gouvión, célebre por su candor en las páginas de una historia donde hay tantos personajes célebres por su perfidia, guardaba la puerta, y veía entrar y salir los gentileshombres, mover y remover las pesadas maletas, empaquetar las joyas, sin caer en la cuenta de que todos aquellos trabajos son preparativos de viaje, cuenta en la cual acaso hubiera caído el caballo que montaba, de entrar y salir en las Tullerías con su facilidad y su desembarazo. Á mayor abundamiento, para distraer las largas veladas, para ocupar las inacabables guardias, para divertir el ánimo de las zozobras patrióticas, ponía los ojos en cierta lista muchacha de escalera abajo, que sabía cuanto pasaba de escalera arriba, y que no se mordía la lengua ni se recataba gran cosa para referirselo con sus puntas y señales á todo el mundo menos al bonachón de su sencillo amador. Nada tan fácil como presumir que había gato encerrado en los viajes de tantos gentileshombres, en las cartas cifradas y leídas á hurtadillas, en el encargo de monumental berlina, en el paseo dado por los condes de Jersen y de Choiseul en tal berlina, y hasta en el misterioso encierro de la tal berlina en casa de una señora llamada madama Korff, la cual lleva consigo un ayuda de cámara ya maduro, tres ó cuatro institutrices y dos tiernos infantes, niña y niño,

crecida aquélla y éste de unos siete años, notable por la blancura de su piel y el oro de sus cabellos.

Á las once de la noche el 20 de junio hay por los alrededores de las Tullerías tantos coches de alquiler trayendo ó esperando gentes, y hay por ende tantos cocheros departiendo sobre la política y otros asuntos, que nadie se fija en tales pequeñeces, y los que se fijan, se distraen, riéndose de las novelas divulgadas con tanta boga en los corrillos por la universal maledicencia. Las delaciones menudeaban ya en términos que Gouvión mismo retuvo á varios jefes de la milicia nacional, los cuales fueron á visitarle; dobló las guardias con verdadera previsión; y pasó la noche en vela, decidido á que no se riesen de él en sus barbas. Á las once de la noche París estaba ya recogido y comenzando á dormir tranquilamente. Sólo se veía alguna que otra patrulla, y varios patriotas avisados por cartas anónimas, anunciándoles la conjuración cortesana, y que, en vista de estas cartas, celaban el palacio de las Tullerías. Un peluquero de la calle de Borbón fué á visitar á un panadero de la calle de Teatinos para comunicarle todo cuanto se tramaba. Y habiendo el panadero comprendido el peligro, tomó verdadera zozobra, y despertó á los vecinos de su casa, y en compañía de ellos dirigióse á casa de Lafayette. Entrar y referir sus temores fué todo obra de un momento. Oírlos y reirse á su vez Lafayette fué también obra de otro momento igual. Oír á Lafayette y serenarse los alarmados fué también de igual necesidad y de igual presteza. Volviéronse éstos, y para no ser detenidos, reclamaron el santo y seña de aquella noche, en cuya virtud pudieron llegar hasta las Tullerías y ver lo que en sus alrededores pasaba, la reunión vulgar de varios cocheros de alquiler entretenidos en sus vulgares ocupaciones. Los tenduchos cercanos se cierran, los tenderos ambulantes se van y los preocupados se cercioran de que no sucede cosa alguna digna de tanta atención y de tanto cuidado. Lo cierto es que, tras tan repetidos recelos, la noche pasa como todas las demás noches, las gentes duermen su pesado sueño, y los conspiradores, parecidos en esto á los amantes, aprovechan el silencio y la soledad para sus peligrosas tentativas que, si afortunadas, debían separarles de la nación; si desafortunadas, del trono.

La reina y el rey admitieron, al mediar la noche, todas las personas que tenían por costumbre verlos, y desearles un buen sueño en aquella hora crítica. Ninguno de sus criados fué despedido más pronto que de ordinario, y ninguna de las costumbres antiguas fué echada en saco roto. Absolutamente todo pasó como debía pasar; todo sucedió como debía suceder, sin ningún género de detención ni de tardanza. Quitáronse sus vestiduras reales, pusiéronse sus disfraces de viaje; y cuando ya acabaron todos estos necesarios preparativos, diéronse todos á huir por uno de esos secretos pasadizos, que en varias direcciones atraviesan los palacios. Por fin, la monarquía se retira del lugar sagrado, que fuera como su sacrosanto tabernáculo por espacio de tantos y tantos siglos. Cuando Carlos I, el rey que después de haber abusado largamente de una autoridad limitada por las leyes inglesas, se encontró en guerra con su parlamento y con su pueblo, presintiendo el horrible resultado de aquel su empeño y la salida única de las amenazadoras catástrofes, pensó huir, encontróse tal como nos lo pin-

ta el pincel mágico de Vandyck, en este momento supremo, con el mar, con algo inmenso, sublime, divino, que lo detenía, como si el poder real fuese casi un elemento de la naturaleza; pero estos reyes de Francia corren el peligro de verse detenidos por un miliciano, por un fiacre, por un cochero de alquiler, por un látigo, por el relincho de un caballo, por la corazonada de una moza de retrete, por algo que á un tiempo mismo los pierda y los humille. Aquel obscuro pasadizo quizás conduce con seguridad al cadalso; pero ¡ay! que ni el cadalso mismo redime muchas veces de la humillación y de la vergüenza, dejadas en nuestra vida por lo bajo y por lo ridículo. El rey de Francia, que llevaba en su equipaje la vestimenta de grana y oro con que á sus marinos se presentara en Cherburgo cuando pasó revista á las fortalezas y á las naves, iba tristemente ahora vestido de lacayo, como si por una ciega fatalidad, antes de destronarlo el pueblo, se destronara él por su propio albedrío á sí mismo en aquel horrible momento de su historia. Tristes, tristísimos accidentes todos estos de la larga agonía de una institución tan grande y antigua como la institución monárquica, que después de haber hecho y formado la patria en los bárbaros tiempos de conquista, la entrega y casi la vende al extranjero en estos tiempos de libertad y de derecho.

La puerta casi secreta que se llama puerta de Villequier en las Tullerías ha abierto paso al patio de los Príncipes; del patio de los Príncipes ya no hay obstáculo ni centinela alguno que impida el paso á la plaza del Carrousel; y en la plaza del Carrousel ya no hay obstáculo ni centinela alguno que impida el paso á la calle de la Escala, donde aguardan los coches de alquiler. Es de ver al rey con su traje y su peluca de lacayo, que, en su torpeza natural, pierde una hebilla de sus zapatos, y se baja á recogerla en el momento en que de un segundo puede salir siniestramente á castigarle, en nombre de Francia irritada, la siniestra cuchilla del verdugo. Y el ayuda de cámara da el brazo á un doméstico, como él, especie de lacayo ó de correo, que se instala buenamente á su lado en el coche de alquiler. Y en este momento, para que la historia sea siempre dramática, dos linternas de un carruaje brillan fuertemente en medio de la obscuridad, y en su resplandor y en la rapidez del movimiento nótese que pertenece á un personaje de pro aquel vehículo. Y en efecto, es nada menos que un coche bien nefasto á los fugitivos, el coche de su carcelero, el coche de Lafayette, que corre á todo correr, arrastrando al comandante de la milicia nacional á que inspeccione el palacio por fuera y se entere de lo infundado de las sospechas populares y del sueño tranquilísimo en que duerme y reposa la real familia. Los incidentes dramáticos son tales que la reina toca con una especie de varilla, entonces al uso entre las elegantes, uno de los radios de aquellas ruedas, burlándose del chasco que va á dar á su guardador, precisamente llegado en el minuto mismo en que el rey entraba dentro de su coche en la calle de la Escala y ella salía desde el patio de los Príncipes á la plaza del Carrousel. Si Lafayette se vuelve tranquilo, después de haber visto á Gouvión, y enterándose de que nada sucede, la reina, cubierta con un sombrero á la bohemia, velada con espeso tul, apoyándose en el brazo de otro correo ó lacayo, y trayendo de la mano á su hija, en